

UN VILLAFRANQUINO EN EL PADRE ISLA

Ni la coincidencia con un partido histórico de fútbol ni nada. El Teatro Emperador sin un asiento vacío, la orquesta esperando, silencio en la sala y Odón Alonso que sale con mucha marcha joven y arrogante y se sube al podio.

-¡Qué buen aire tiene el director! -murmura mi vecina de butaca, es una señora fragante, forastera.

Bromeo aprovechando la cobertura de los aplausos:

-Fuimos una buena generación, todos salimos así de aparentes.

La sala más pomposa de León está llena de enseñantes, de alumnos, de antiguos alumnos que vienen celebrando los ciento cincuenta años del Instituto Padre Isla. A mí no me han invitado a ninguno de los actos. ¿Cómo podrían acordarse de quien una sola vez en su vida pisó «el Insti» leonés, chico de pueblo al que trajeron a la capital con otros mozuelos (y mozuelas) a examinarse? ¡Y hace sesenta años! Para ser exactos, en junio de 1935.

Odón, el director invitado, no necesitó mirar los papeles. Seguro y ceñido, empezó llevando a la orquesta por la Obertura de «Egmont», y luego Mozart, tan limpio y comunicante en la 41. Con la buena música, uno sueña mucho (despierto). Pero donde yo me dejé arrastrar, o mecer, fue en la Quinta de Beethoven desde sus primeras cuatro notas en que «el destino llama a la puerta», según expresión manida de los exégetas de don Ludwing. Pensé que ese fatum me había avisado a mí, adolescente villafranquino, en aquel edificio de la calle leonesa de Ramón y Caja. En un pupitre de un aula de techos altísimos iba a ejercer, por primera vez, de escritor.

El Gobierno republicano habría pensado ahorrar, porque suprimió temporalmente el Instituto de Ponferrada. A Ponferrada íbamos a examinarnos por libre los chicos de Villafranca y los catedráticos nos metían respeto, pero los de León, más, al menos a mí, porque eran autores de los libros de texto por donde estudiábamos las lecciones. Me impresionó el que tuviera que vérmelas con el mismísimo don Tarsicio Seco y Marcos, de la Legión de Honor y no sé qué otras medallas, que en sus libros nos había llevado de viaje por Francia, y nos metía idealmente en el vagón restaurante y así aprendíamos a pedir en francés un vino de Burdeos o de Borgoña, ¡qué esperanza! y estaría don Vicente Serrano Puente, cuyo nombre figuraba en la cubierta de la Historia de España. Y el profesor Santamaría

-¿fumaba realmente en pipa o es la imaginación engañosa?--; don Hugo Miranda y Tuya, el del libro de Matemáticas (en colaboración con don Agustín del Pueyo García). Vinimos a examinarnos bajo la tutela de don Manolo, nuestro profesor multidisciplinar. Don Manolo, presbítero, nos enseñaba todo, pero lo suyo eran las letras. Él mismo era escritor de novelas, que anunciaba como «inéditas: En espera de un mecenas». A mis notables y sobresalientes de aquella ocasión leonesa (perdonen la vanidad) se unió un mínimo, quizá milagroso, aprobado en Matemáticas. (Y un suspenso en Dibujo). A mí me pareció absurdo (y creo que a don Manolo también) la pretensión de los examinadores leoneses en orden a que los de mi curso no sólo supiéramos las leyes de la Aritmética y de la Geometría sino que había que «demostrarlas». Ponían dos triángulos semejantes, uno al lado del otro, y querían que demostrásemos que lo eran cuando no había en el mundo dos cosas más semejantes entre sí que el triángulo de la izquierda y el triángulo de la derecha, saltaba a la vista. Y el dibujo, otra coña. Tome usted esta lámina y reproduzca la portada clásica. ¡A tinta china!

Los Gobiernos andaban siempre cambiando los planes de estudios en aquel entonces decidieron poner una reválida antes de pasar cuarto de Bachillerato. A pesar del cate en Dibujo, en Secretaría decidieron admitirme para esa prueba. «Bueno -dijo mi padre-, ya está bien la cuenta de la fonda, pero un día más no va a arruinarnos».

El maestro Odón iba ya por el tercer tiempo de la obra genial en el León de 1997, y yo evocando aquel otro León de la calle de Ordoño II con sus grandes farolas en el centro de la calzada, reviviendo en mis adentros el momento inquietante de la reválida. Consistió en un ejercicio de redacción, pero el tema era arduo, porque se exigían conocimientos precisos: La Catedral de León, con las características esenciales de su estructura y notas propias del arte gótico u ojival. O sea, esas vainas de los arbotantes y los botareles, ¡los datos exactos!, a los que entonces -como ahora-, se oponía mi tendencia a la fantasía y la fabulación.

A los doce años yo no había oído la Quinta de Beethoven. Mi gran música de por entonces alcanzaba no más que a la «Negra Sombra» de los orfeones en el San Froilán de Lugo y «El Sitio de Zaragoza» de la rondalla. Pero, de alguna manera, ocurrió como si en el aula sombría sonara la llamada del destino. Me puse sobre el pliego de papel que llevaba en la cabecera el sello del Instituto y empecé lo que probablemente fue mi primera malicia literaria. «La intrépida locomotora silbó». Jamás olvidaré aquella primera frase, de clara influencia romántica. Adrede me demoré con la descripción del viaje en tren hasta llegar a la capital de la provincia, el paisaje y el paisanaje de los vagones, las mieses y las espadañas todo con buena ortografía (eran otros tiempos) y de ese modo fui llenando el pliego, más una

lamentación final porque la falta de espacio me impedía entrar en el detalle de los merecimientos, primer templo (aquí una sarta apresurada de tópicos), mucho de «Pulchra Leonina», la luz de la tarde en los vitrales...

El invento funcionó aquella mañana de junio, también ahora llegábamos al final heroico de la sinfonía. El público que llenaba el Emperador se levantó en aplausos. Por allí andaban muy anchos los ex-alumnos -los fetén-, orgullosos de su viejo y querido «Padre Isla». Yo era sólo un rapaz villafranquino que vino por libre.

Antonio Pereira
Cronista de Villafranca